

Capítulo 4

Lecturas para una nación

(1880-1910)

En la novela del naturalista G. E. Hudson *La tierra purpúrea*, el personaje llamado Ricardo Lamb atraviesa el interior rural del Uruguay a principios de la década de 1870. Una de las muchas aventuras experimentadas por Lamb en *La tierra purpúrea* lo encontró una tarde descansando en un área boscosa antes de seguir viaje a caballo hacia Montevideo. Su pacífica siesta se vio interrumpida por el horroroso espectáculo de unos muchachos involucrados en lo que parecía ser una guerra partidaria. Se alinearon, divisas rojas frente a divisas blancas, sacaron los cuchillos y cargaron contra los rivales. Tres del lado colorado quedaron de pie. Cuando un solo blanco reunió la energía suficiente para intentar un último ataque contra los victoriosos, Lamb corrió hacia los muchachos para protegerlo. Con excepción de este joven, a quien los tres colorados habían estado a punto de liquidar, todos los combatientes (incluidos los que estaban en el piso que rápidamente saltaron de nuevo a la vida) corrieron hacia el bosque. Sólo entonces Lamb se dio cuenta de que estaban jugando a los colorados y blancos, "una imitación de guerra [...] maniobras, sorpresas, refriegas, degüello y lo demás"¹.

Los signos profundos de la afiliación partidaria seguían siendo descarnadamente visibles unos treinta años después, cuando el periodista uruguayo José Virginio Díaz viajaba por la campaña. Una maestra del departamento de Durazno lamentaba las afinidades políticas de los niños que se dividían en blancos y colorados, según los colores partidarios de sus padres. Se quejó a Díaz de que, durante el recreo, estos niños "sacan sus cuchillos y convierten el guarda-patio en campo de batalla [...]". No se cortan sino las ropas, las

¹ Hudson, 125-31.

bombachas y sacos, pero cualquier día se entusiasman y se apuñalan"². Esta maestra continuó diciendo que tenía que salir del pequeño pueblo porque ya no podía lidiar más con la situación.

Posteriormente, el maestro que tomó su lugar también rezongaba contra las batallas de partidos en el patio. Pero las cosas realmente se iban de las manos cuando se involucraban los padres. Los niños eran "diablos" y se la pasaban haciendo travesuras, decía de mal humor, "y si uno los reta fuerte o les da un reglazo, se viene toda la familia, 'faca' o pistola en mano". Continuó diciéndole a Díaz: "¡Es delicioso ser maestro de escuela en la campaña pastoril del Uruguay!"³.

Los niños en otras escuelas se comportaban de un modo diferente, aunque no se podía evitar el hecho de que un gran número de ciudadanos rurales de Uruguay, jóvenes y viejos, ya tuvieran alguna afiliación partidaria. Convertir a esta identidad partidaria en una nacional más inclusiva, en la que el conflicto entre partidos pudiera ser menos explosivo (o al menos no tuviera como resultado peleas a cuchillo y ropas arruinadas en los recreos) era uno de los desafíos más difíciles de la educación pública. Según Díaz y los maestros, lo que se necesitaba era unidad nacional: un espíritu de comunidad nacional que trascendiera las divisiones partidarias y ofreciera un sentido de identidad colectiva que tanto colorados como blancos pudieran compartir. Esto fue exactamente lo que inspiró a los autores de libros de textos de historia nacional más vendidos de Uruguay a escribir textos con lecturas para una nación. También inspiró a los funcionarios estatales a prohibir a maestros y alumnos cualquier manifestación abierta de lealtad partidaria⁴.

Del otro lado del Río de la Plata, en la Argentina, no había blancos y colorados involucrados en una guerra civil, pero también durante esos años fermentaban disputas políticas similares entre liberales y conservadores. La inmigración alimentó el debate y, como vimos en el capítulo anterior, puso a los funcionarios de la educación en el camino de desarrollar un sistema nacional de educación pública con el objetivo de forjar futuros ciudadanos que conformaran una nación más unificada. En ambos márgenes del río, el fin de la Guerra del Paraguay en 1870 significó el comienzo del proceso de consolidación de las instituciones del Estado. En Uruguay, hasta principios de la década de 1900, el proceso estuvo plagado de tensiones entre blancos y colorados que, en algunos momentos, hervían, y en otros entraron en ebulli-

² Díaz, 34-35.

³ *Ibid.*, 55-56.

⁴ Véase, por ejemplo, la circular 19, titulada "Manifestaciones partidistas: Su prohibición a los funcionarios escolares y a los educandos", y la circular 18, que prohibía a los alumnos usar cualquier emblema que simbolizara afiliación partidaria. En Dirección General de Instrucción Pública, Legislación escolar vigente, 5: 13-16.

ción hasta alcanzar la magnitud de una guerra civil. La escuela y sus lecturas para una nación se iban a constituir en el camino hacia adelante.

Mi argumento en este capítulo es que los libros de texto de historia nacional y los escritos expresamente para los alumnos fueron algunos de los textos más poderosos que afectaron la formación de la identidad nacional y de género en el Río de la Plata. Tanto en Uruguay como en la Argentina, los libros con lecturas para una nación permitieron la apropiación popular de discursos oficiales sobre el nacionalismo y la identidad de género. Estas lecturas diarias estaban a la vanguardia de una cultura impresa que se estaba expandiendo rápidamente por la sociedad rioplatense, y alteraron fundamentalmente el modo en que se transmitían los códigos culturales y de conducta. Mientras los gauchos eran los protagonistas en el desarrollo de la cultura impresa de mediados de siglo, los niños habían asumido esa responsabilidad a fines de siglo. Esto es lo que permitió que los libros de texto jugaran un papel dominante en la difusión y apropiación popular de sentimientos nacionalistas.

Desde el momento en que Lamb cruzó Uruguay en la década de 1870 hasta la celebración del centenario de la Revolución de Mayo (este último llevado a cabo poco después de los encuentros de Díaz con los maestros), la producción literaria en el Río de la Plata se disparó, impulsando una segunda revolución de la imprenta en la región. Éstos fueron los años que vieron el ascenso de escritores como Eugenio Cambaceres, cuyas novelas y cuentos naturalistas sobre dandis alcanzaron las listas "oficiales" de la literatura argentina, y el uruguayo Eduardo Acevedo Díaz, cuyas novelas históricas ayudaron a solidificar el estatus de José Artigas como primer héroe nacional. Historiadores literarios como Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, ambos de la Argentina, aparecieron en escena alrededor de 1900, al igual que el muy exitoso dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez. Este período también enmarcó el movimiento modernista en el Plata, con un activo Rubén Darío en Buenos Aires durante la década de 1890, y José Enrique Rodó del otro lado del río, en Montevideo. El tratado antimaterialista *Ariel*, de Rodó, se publicó en 1900.

El cambio de siglo fue un momento en el que el acceso al mundo limitado de lo escrito comenzó a abrirse, y en el que ser autor comenzó a transformarse en una profesión viable. Las novelas gauchescas de Eduardo Gutiérrez, inmensamente populares, fueron un excelente ejemplo del cambio en la posición del escritor. Caracterizada como "la literatura más perniciosa y malsana que se ha producido en el país", la mítica *Juan Moreira*, de Gutiérrez, y otras novelas similares, vendieron lo suficiente como para que su autor se convirtiera en uno de los primeros escritores que pudo ganarse la vida exclusivamente

a partir de escribir⁵. Otros autores que irritaron a las elites letradas y desafiaron su bastión en los medios impresos durante estos años fueron Julio Figueroa, un nombre detrás de canciones de carnaval y folletos gauchescos en Uruguay, y personas como Elías Regules y Orosmán Moratorio, así como Abdón Arostegui, que compusieron dramas criollos para ser representados en circos y que cautivaron a las audiencias uruguaya y argentina. Como observamos en el capítulo 2 respecto de la literatura popular de fines del siglo XIX, estos dramas eran obras breves que presentaban el creciente espíritu nativista, criollo, y tuvieron un éxito que superó lo imaginable, gracias en gran medida a su contenido temático y a la integración de preocupaciones cotidianas⁶. Los personajes del circo a menudo representaban tipos rurales y ponían en juego los conflictos entre diferentes sectores sociales; caballos y fogones daban vida a las escenas en las que aparecían; y los actos de injusticia, la amistad duradera y el amor tierno exaltaban a las multitudes en toda la región, que esperaban ansiosas el siguiente drama, novela o folleto.

Estos diversos escritores tuvieron un papel importante en esta segunda revolución de la imprenta, al igual que los nuevos periodistas profesionales que produjeron una avalancha de periódicos y revistas. Hay mucho más en la historia, sin embargo. Ciertamente, fue un momento en que se estaban definiendo con más claridad los esbozos de las literaturas "nacionales", aunque esta operación la hacía un grupo selecto de hombres que creían que eran los mejores jueces de lo que era verdadera "literatura". Sus definiciones se fueron teniendo gradualmente de sentimiento nacionalista hacia 1910. Después de todo, un aniversario —especialmente un centenario— es siempre un buen momento para tocar la cuerda nacionalista. Pero en lo que respecta a los medios impresos que afectaron la formación de identidades colectivas en esta etapa del desarrollo de la cultura impresa rioplatense, toda esta nueva producción literaria era opacada por los libros de texto que presentaban a los jóvenes lectores y futuros ciudadanos lecciones de patriotismo y lecciones de maternidad.

Como señalamos en el capítulo 3, los libros de texto fueron el vínculo más estrecho entre la imprenta, el poder y la identidad colectiva durante la década de 1890 y la primera década del siglo XX. Hacia 1910, los periódicos y formas de literatura como la revista *Caras y Caretas* y la poesía gauchesca vendida en folletos rivalizaban en cantidad con los libros de texto. A medida que se acercaba la celebración del centenario, las visiones oficiales de identidad nacional y de género propuestas por los textos escolares eran desafiadas

⁵ Navarro Viola, *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, año 2, 286-87. Véase también Navarro Viola, *Anuario bibliográfico de la República Argentina*, año 3, 399-400.

⁶ Sobre el fenómeno del criollismo en la Argentina y la creación de sociedades criollistas (grupos que se formaron en torno del espíritu criollo en todo el Plata) durante el cambio del siglo, véase Prieto, *El discurso criollista*. Véase también Chasteen, *National Rhythms*, 51-70; Castagnino, *El circo criollo*; y Bosch.

por las obras populares escritas por y para inmigrantes y migrantes, así como la tarea muy cierta de integrar a millones de recién llegados al tejido social del país. Algunas comunidades inmigrantes incluso establecieron escuelas privadas donde el español no era la lengua de elección y donde la palabra "patria" refería al lugar que los padres de los niños habían dejado atrás. Pero, por encima de todo, las lecturas para una nación respaldadas por la escuela pública, el hogar y el gobierno eran sumamente efectivas a la hora de inculcar afecto por la comunidad nacional y roles de género específicos dentro de esta comunidad, un resultado con el que los sembradores de abecedarios habían soñado. De hecho, estas lecciones aseguraban los vínculos entre la lectura y la esfera pública, así como la importancia de la imprenta en la vida cotidiana.

Los libros de texto de historia nacional y los roles sociales de las mujeres no fueron exclusivos del Río de la Plata. A partir de la década de 1850, se publicaron obras similares en México, Colombia, Venezuela y Chile, aunque el verdadero impulso editor de los libros de texto en estos países no tuvo lugar hasta principios del siglo XX, principalmente después de 1910⁷. Del mismo modo, como señala Adolfo Prieto, tanto en el Plata como en otras regiones de América Latina, las lecciones que aprendían los alumnos en la escuela creaban un público lector y entraban en el proceso más amplio de modernización que se estaba llevando a cabo durante el cambio de siglo⁸. Lo que sobresale en el caso del Río de la Plata, además de la incomparable cantidad de libros de texto publicados y de la temprana fecha en que aparecieron, es lo difundidos que estaban estos textos —eran leídos por niños y padres por igual— y lo profundo que habían calado no sólo en las mentes y los corazones de los jóvenes alumnos, sino también en la sociedad rioplatense en su conjunto. Estos libros a menudo incluían pasajes de autores canónicos, que contaban historias con jóvenes protagonistas y sólidos mensajes morales. En algunos casos, las lecciones se presentaban enteramente en verso. El hecho de que estuvieran entre los textos más leídos a fines del siglo XIX y comienzos del XX les da un lugar importante en nuestra historia.

Lecciones de patriotismo

El patriotismo y cómo amar a la patria formaban la columna vertebral de los textos de historia nacional y civismo, y eran temas que atravesaban los libros de materias que iban desde la caligrafía hasta la economía doméstica⁹. A

⁷ Véase Riekenberg para una introducción a los libros de texto de historia en América Latina.

⁸ Prieto, *El discurso criollista*, 13.

⁹ Entre los limitados estudios sobre libros de texto de estos años, las buenas revisiones incluyen Fontana, *Los primeros textos...* Primera parte; Fontana, *Los primeros textos...* Segunda parte; y Leone.